



## **LA BRUJA BABA YAGÁ<sup>1</sup>** **(Баба Яга)**

Por Teresa Pérez Landa.

Venid niños, sentaos al calor de la chimenea en esta fría noche de invierno, venid con vuestras tazas de chocolate caliente y dejad que os cuente una historia que sucedió hace muchos muchos años, tantos, que los libros la convirtieron en una leyenda y hoy se cuenta cada noche de Navidad, en cada casa, en cada país del mundo a cada niño.

—Pero mamá, —dice Carlitos sin poder apoyar su taza en la mesa aún —¿es un cuento?, porque si no es un cuento no quiero escucharlo, ¿y qué es una “leyenda”?

—Ay Carlitos cariño, tú escucha, ya te explicaré después qué es una leyenda...

“Vivía en una pequeña aldea rusa una niña llamada Natasha. Era una aldea muy muy pequeña, rodeada de bosque por todo su litoral, era un bosque espeso, los árboles tenían troncos muy finos y blancos, de modo que

---

<sup>1</sup> Cuento basado en la leyenda popular rusa de la bruja Baba Yagá.

cuando llegaban los duros meses de invierno fuera de la aldea sólo se veía campo blanco hasta donde alcanzaba la vista. Natasha vivía con sus padres y su hermano, Nicolai. Su casa era una cabaña hecha toda ella de madera, tenía el tejado con la forma de un tulipán puesto al revés para que la lluvia y la nieve cayeran hacia el suelo y no se les acumulara en el techo, ya que si dejaban que se acumulara la nieve en el tejado este podía vencer por el peso y derrumbarse sobre sus cabezas.

El padre de Natasha era comerciante y varias veces al año debía recorrer el largo camino que llevaba hasta la ciudad de Kitai Gorod para encontrarse con sus clientes y poder encargarse de su comercio. Acercaba a la ciudad objetos hechos con madera y los vendía entre las tiendas. Tenía que ir tan lejos, que cuando viajaba estaba fuera de su casa varios meses, de modo que Natasha, su hermano Nicolai y su madre se quedaban solos. Su madre cuidaba de los niños, de la casa, cocinaba, y dejaba pasar el tiempo inmersa en su tranquila vida aldeana. Para ella ver crecer a sus hijos felices y sanos era todo cuanto necesitaba, no le pedía más a la vida.

Natasha siempre había sido una niña despierta y vivaracha, tenía muchos amigos en la aldea. A menudo se encontraba con niños con quienes poder jugar y a veces la costaba regresar a casa una vez terminado el juego, en más de una ocasión había metido en un lío a sus pacientes padres. Este año cumpliría diez años, diez años nada menos, para ella eso era ser muy mayor, y como tal se sentía. Su juego favorito era ir con sus amigos hasta las vallas que protegían a la aldea del bosque y contar historias de miedo. Todo el mundo sabía que en la espesura del bosque vivía la Bruja Baba Yagá, una bruja horrible, huesuda, con la nariz azul y los cabellos blancos,

que se comía a los niños que conseguía capturar en sus trampas. Su casa, también de madera, estaba sostenida sobre dos patas de pollo, y de su chimenea nunca dejaba de salir humo. La casa tenía que estar siempre caliente porque la bruja al ser tan delgada, tenía mucho frío. No podía permanecer demasiado tiempo fuera de la casa porque de lo contrario moriría congelada. Todos la tenían miedo, incluso los hombres de la aldea cuando tenían que ir hasta la ciudad iban rodeando el bosque para no tener que atravesarlo, o en caso de tener que cruzar el bosque obligatoriamente, iban en grupos de por lo menos cinco hombres armados. Pero a Natasha la bruja no la asustaba, si alguna vez se encontraba con ella cara a cara ya sabía lo que debía hacer, había escuchado tantas historias de ella que ya tenía trazado su propio plan de escape. A su madre no la gustaba nada que se acercara tanto a la salida de la aldea, y menos todavía que no le tuviera miedo a la bruja, la madre de Natasha pensaba que el miedo nos hace ser prudentes y tener cuidado. Las mujeres más ancianas de la aldea contaban que cuando ellas eran jóvenes varios niños desaparecieron sin dejar rastro. Nunca supieron por qué ni qué les había pasado, simplemente desaparecieron un buen día y no regresaron más. Se escuchó por las calles durante meses que se los había llevado la bruja Baba Yagá, pero nunca pudieron demostrar que había sido ella, nadie se atrevió a cruzar el bosque para comprobar si los tenía en su casa o no. Decían que cuando uno se adentraba en el bosque, si se adentraba lo suficiente, podía escuchar voces de niños llorando. Pero nadie que siguiera vivo en la aldea lo había hecho, sólo eran historias que pasaron de padres a hijos y que se contaban en tardes de tormenta alrededor de un fuego de chimenea, mientras el samovar calentaba agua para el té. Eran ese tipo de historias que perviven en la

memoria colectiva de un pueblo durante generaciones y generaciones. Nadie sabía si eran reales o no, lo único real era el miedo a salir de la seguridad de lo conocido.

Nuestra historia comienza en uno de los inviernos más duros que habían conocido en nuestra pequeña aldea. Había estado nevando durante varios meses sin cesar. El cielo era de un color gris plomizo día tras día. Cuando salían por las mañanas para recoger la leña en los cobertizos, sólo se veía la silueta recortada de la iglesia en el horizonte. El alcalde se dio cuenta de que se estaban quedando prácticamente sin provisiones, faltaba comida y bienes de primera necesidad, y aún pasarían unas cuantas semanas más teniendo que soportar las bajas temperaturas y el aislamiento que provocaban las nevadas, así es que varios hombres decidieron formar un grupo y bajar a la ciudad con trineos a por comida, mantas y medicinas. Entre ellos estaba el padre de Natasha y Nicolai, que era uno de los hombres más fuertes del pueblo y al que se le ocurrió la idea al fin y al cabo. Tardarían varias semanas en llegar a la ciudad y otras tantas en volver a la aldea y debían prepararse para tan largo viaje.

—Vladimir, —que así se llamaba el padre de Natasha —por favor, ¿tendrás cuidado?, ¿no pensarás atravesar el bosque?

—No mujer, estate tranquila, bajaremos por el camino que lo rodea, y sí, tendré cuidado, estaremos de vuelta antes de lo que piensas Tatiana, no te preocupes. No podemos retrasarlo más, apenas quedan provisiones en los graneros y no sabemos cuándo dejará de nevar.

—Pero si os vais, ¿cómo nos protegeremos en caso de que sea necesario?

—Sabes dónde guardo las armas de fuego, en caso de que sea necesario, no dudes en cogerlas y disparar. Pero no va a pasar nada. Volveremos.

Es verdad que la madre de Natasha se preocupaba en exceso por las cosas, pero Vladimir era un hombre precavido y un guía experto, a veces le molestaba la excesiva preocupación de su mujer, aunque en el fondo entendía que una madre no puede pensar sólo como mujer, piensa como madre protectora antes de todo. Cogieron los trineos, las brújulas para orientarse en la nieve, algunas provisiones más y se marcharon camino de la ciudad.

Pasaron varios días y la madre de Natasha empezó a sentirse mal, se mareaba, vomitaba, incluso le había subido la fiebre bastante. El médico de la aldea se había marchado con el grupo de hombres que habían ido de expedición a la ciudad, así es que no había nadie que pudiera ayudarla en tan penoso trance. Natasha la había metido en la cama y la ponía paños húmedos en la frente, pero aun con eso la fiebre no bajaba. Nicolai y ella estaban muy preocupados, era la primera vez que veían enferma a su madre. Nicolai no paraba de llorar y Natasha decidió que no podían esperar a que los hombres regresaran y que tenía que tomar ella misma cartas en el asunto, tenía que ayudar a su madre. Habló con algunas vecinas y todas coincidían en lo mismo, la única solución era bajar a la ciudad a por un médico. ¿Pero cómo lo haría?, nunca había ido a la ciudad, no sabía el camino. Cuando le contó a su madre lo que pensaba hacer se negó en rotundo, no iba a dejar que su niña pequeña caminara sola tantos kilómetros en pleno invierno, y sin ayuda.

—Pero mamá, no podemos hacer otra cosa, Nicolai cuidará de ti mientras traigo al médico.

—No Natasha, no, no vas a irte.

—Mamá, no voy a dejar que te pase nada, y cuidaré yo sola de mí misma, no tengo miedo, no te preocupes.

—Natasha, escucha bien lo que voy a decirte —dijo Tatiana con un hilo de voz—. Voy a contarte algo que nadie sabe.

—¿Qué mamá?

—Llévate una bolsa con un poco de pan, una botella de leche, unas tijeras y una botella que contenga un poco de aceite.

—Mamá, estás delirando, ¿para qué necesito esas cosas?

—Hazme caso y no preguntes, llévatelas y úsalas en caso de que te encuentres con la Bruja Baba Yagá, las necesitarás.

—¿Y cómo lo sabes?

—Algún día te lo contaré, pero tú hazme caso, no hay tiempo, ve a la ciudad y vuelve lo antes que puedas. Y si es posible, trata de no cruzar el bosque.

Natasha no entendía muy bien para qué iba a necesitar todo aquello, pero parecía que su madre sabía lo que se decía, así es que cogió pan, leche, aceite y unas tijeras, lo metió todo en un hatillo y se marchó camino de la ciudad. Le había prometido a su madre no cruzar el bosque, pero cuanto menos tardara más posibilidades tendría su madre de curarse, y atravesando el bosque el camino se acortaba considerablemente. Respiró profundamente y echó a andar hacia el bosque. Llevaba varios minutos andando entre árboles blancos y sólo se oía el crujir de la nieve bajo sus pies. Empezó no a tener miedo, pero sí a sentir respeto, estaba convencida de que hacía años que nadie del pueblo había estado en el interior del bosque. ¿Qué habría más allá? Los árboles eran tan altos y había tantos que apenas alcanzaba a ver el cielo.

Hacía mucho frío, pero Natasha sólo tenía una cosa en la cabeza, llegar a la ciudad y encontrar al médico. En la ciudad había caballos y podrían regresar con rapidez.

El cansancio empezaba a hacer mella en ella, a lo lejos vio el humo de una chimenea, se paró a pensar, podía ser la chimenea de la bruja, pero también podía ser la casa de algún campesino que viviera en el bosque, quién sabe, quizás la bruja era sólo una leyenda y no existía en realidad. Pronto anochecería y necesitaba algún lugar donde cobijarse, tenía que arriesgarse, así es que atravesó un pequeño sendero que había marcado en el suelo, había pisadas en la nieve, estaba claro que hacía poco tiempo que alguien había caminado por allí. De pronto, en mitad del silencio invernal, una lechuza gritó y la asustó un poco. —Sólo es una lechuza —se repetía Natasha —sigue caminando, pronto llegarás a la casa y podrás calentarte con el fuego de la chimenea y comer algo caliente—. Efectivamente, siguió caminando, el camino tenía tres curvas, y al final de la tercera había un claro. Por fin, allí estaba la casa. Cuando la observó de cerca detenidamente supo que se acababa de meter en un lío, era la casa de Baba Yagá. La casa estaba sostenida por dos patas de pollo, y la valla de la casa eran calaveras clavadas en palos de madera. Natasha había oído un millón de veces la descripción de la casa. Las calaveras eran de las víctimas de la bruja, le servían de antorchas ya que les ponía velas dentro, así iluminaba los exteriores de la casa. Sintió un escalofrío y miró la luna llena pensando que quizás era la última vez que la veía. Curiosamente era la primera noche en la que el cielo estaba despejado desde hacía meses. La puerta de la casa se abrió, y de ella salió una anciana, huesuda y de nariz azulada, sus cabellos eran largos y blancos. Natasha pensó que su única oportunidad de

sobrevivir era hacerle creer a la bruja que no la había reconocido y que no la tenía ningún miedo.

—Hola niña —dijo Baba Yagá— ¿te has perdido?

—Sí señora, voy de camino a la ciudad, se me hizo de noche y me perdí en la espesura del bosque.

—Pasa, pasa conmigo, aquí podrás tomar algo caliente y dormir un poco.

—¿No seré mucha molestia?

—¿Molestia? Ninguna hija, así harás compañía a esta anciana. Entra.

—Gracias.

Natasha entró con cautela. El interior de la casa era como el de cualquier casa de la zona: la chimenea, la alacena, el samovar, la cocina, los dormitorios y fuera de la casa, junto al gallinero, la banya. A través de una puerta entreabierta vio un enorme mortero, recordó lo que contaban los ancianos del pueblo, que la bruja utilizaba un mortero de madera para volar por los aires en busca de sus víctimas y para llevar a cabo sus fechorías. Daba miedo estar allí, pero actuaba con energía y firmeza y realmente parecía que no tenía miedo. Baba Yagá la invitó a sentarse y a calentarse con el fuego de la chimenea, a decir verdad, si no supiera que era una bruja traicionera y cruel hasta le habría caído bien, parecía una simpática anciana. Se sentó frente a la chimenea, oyó algunos ruidos, pero prefirió no prestarles atención, al rato volvió la bruja con un tazón de caldo que Natasha se bebió de muy buena gana porque estaba muerta de hambre. Pensó que quizás le había echado algún veneno en la comida, pero el hambre puede con la cautela y se lo terminó de un trago.

—¿Cómo te llamas niña? —le preguntó Baba Yagá.

—Natasha, señora, me llamo Natasha.

—¿Y qué haces tú sola por este bosque?

—Mi madre está enferma, me dirigía a buscar al médico.

—Pobre niña. No te preocupes, mañana en cuanto amanezca yo misma bajaré a la ciudad y traeré al médico.

—Oh, no se moleste, de verdad, no me importa ir yo sola.

—Pero si no es ninguna molestia, tú estarás más segura esperando en mi casa, podría pasarte algo en mitad del bosque y estarías sola sin nadie que pudiera ayudarte.

—Es mejor seguirla la corriente— pensó Natasha, así es que no la contradijo más. Se acostó en la cama que Baba Yagá la había preparado y trató de dormirse, mañana sería otro día y podría pensar con más claridad cómo escapar de allí. Al día siguiente la bruja salió temprano y dejó a Natasha a buen recaudo, al cuidado de su sirvienta, a la cual no había conocido la noche anterior, de sus fieles perros y de su gato. Antes de irse le dijo a la sirvienta que bañara a la niña, le había dejado junto a la bañera una toalla y un cepillo, debía estar preparada para cuando ella volviera porque se la iba a comer. Baba Yagá no soportaba el olor que desprenden los niños, por eso tenía que bañarlos antes de comérselos.

Natasha quiso hablar con la sirvienta pero ésta se mostró tímida y de sus labios no salía ni una sola palabra. Sabía que la bruja no tardaría mucho en volver porque no soportaba el frío del invierno, así es que tenía que darse prisa si quería seguir con vida. La sirvienta estaba preparando el baño, cuando este estuvo listo la llamó y la instó a que se desnudara y se metiera en el agua, Natasha, muy astutamente, trató de entablar una conversación con ella de nuevo. La dijo que era muy bonita, que tenía un pelo negro precioso, se quitó la cinta del pelo que llevaba siempre puesta y se la regaló, la peinó con dos trenzas e

hizo que se mirara en el espejo. La muchacha, aún tímida, se miró en el espejo y la gustó tanto el peinado que le había hecho Natasha que la dijo que tenía que huir, la dio la toalla y el peine y la dijo: —Vete, y corre todo lo que te permitan las fuerzas, Baba Yagá no tardará en regresar, cuando estés huyendo, vigila muy bien tus espaldas, si ves a la bruja cerca de ti, tira la toalla al suelo, al instante se formará un ancho lago tan profundo como el Baikal y la bruja no podrá cruzarlo, no sabe nadar. Si a pesar de esto encuentra el modo de cruzarlo y seguirte, tira el peine al suelo, al instante se formará un bosque tan espeso e impenetrable que tendrá que dejar de seguirte. Corre y buena suerte.

—Gracias, de verdad. Gracias por salvarme la vida.

—Sólo tú la puedes salvar, sé lista y conseguirás llegar a la ciudad.

La niña cogió la toalla y el peine, los metió en su hatillo junto con el resto de cosas que había traído de su casa y salió corriendo, cuando iba a alcanzar por fin la puerta se encontró con un gato blanco y enorme que quería arañarla. Natasha sacó de su bolsa la botella de leche y se la dio al gato, que acto seguido se puso a beber la leche y la dejó ir. Siguió corriendo pero dos perros se tiraron encima de ella y querían morderla, recordó que llevaba pan, así es que lo partió en varios trozos y se los dio a comer a los perros, que automáticamente dejaron que se marchara. Sabía que escapar de allí no iba a ser fácil, pero no había podido imaginarse que costara tanto salir de una casa tan pequeña. Cuando llegó a la puerta se encontró con un obstáculo más, la puerta no se abría, los goznes estaban tan oxidados que era imposible que una niña de diez años pudiera abrirla. Natasha se echó a llorar de desesperación, Baba Yagá iba a volver y se la comería, no había modo de

escapar de allí. De pronto la dulce voz de su madre cobró vida en su cabeza, ¿qué más llevaba en el hatillo?, claro, su madre la dijo que cogiera aceite, el aceite suavizaba el metal oxidado, se lo había escuchado decir a su padre un montón de veces. Se enjugó las lágrimas con la manga de su abrigo y le echó aceite a la puerta, al momento ésta se abrió lo suficiente como para que Natasha pudiera salir de la casa de patas de pollo.

Corrió y corrió, corrió tan deprisa que no se dio cuenta de que el bosque se estaba estrechando demasiado, las ramas de los árboles se juntaban tanto que eran como espinas inexpugnables, no podía pasar por allí. Sin pensarlo dos veces cogió las tijeras y podó las ramas más bajas de los árboles de modo que arrastrándose por el suelo pudo pasar, y siguió corriendo como alma que lleva el diablo, o como sería más apropiado en esta historia, como alma que huye de Baba Yagá.

Cuando la bruja regresó a su casa se encontró con que la niña había escapado y montó en cólera, nunca en toda su vida había dejado escapar a un niño con vida. Le increpó a su sirvienta, la muchacha no paraba de llorar, ella era la única niña que se había encontrado en el bosque con Baba Yagá y había vivido lo suficiente como para hacerse adulta, y eso porque la bruja necesitaba una criada que la ayudara con las labores de la casa y ella le pareció lo suficientemente fuerte como para cortar leña y limpiar con energía.

—¿Por qué?, —la chilló —¿porqué la has dejado escapar?, ¿no te dije que la bañaras y la preparararas?

—He trabajado para ti sin descanso durante años y nunca, nunca, me has dirigido una palabra amable, ni me has sonreído, ni me has dado nada, y esta niña sin

conocerme, me hizo ver que era guapa, me peinó y me regaló una cinta azul.

—Con que es astuta esta niña, ¿eh?, pues ya veremos si consigue escapar. ¡Gato, perros!, ¿por qué la habéis dejado escapar?

—Llevamos contigo sirviéndote fielmente toda nuestra vida, y nunca nos has dado nada, Natasha nos dio leche y pan. —Contestó el gato. La bruja cada vez estaba más enfadada.

—Puerta, ¿y tú?, ¿porqué te has abierto y la has dejado escapar?

—Llevo cuidando de tu casa años y años y nunca habías puesto en mis goznes ni una mísera gota de aceite para que no se oxidaran, Natasha me puso una botella entera.

Baba Yagá se dio cuenta de que seguir hablando era una completa pérdida de tiempo, así es que cogió su mortero y voló tras la niña, después pensaría qué hacer con los inútiles de sus sirvientes. A lo lejos vio algo que se movía, no veía muy bien, tenía que acercarse más si quería distinguir si era esa maldita mocosa. Dejó el mortero en el suelo y corrió tras el bulto que se movía, sí, era ella, no había duda, había dado con ella. Natasha había corrido pero no lo suficiente, por suerte llevaba los objetos mágicos que le había regalado la sirvienta. Recordó sus consejos, cogió la toalla y la tiró al suelo, acto seguido, tal como le había dicho la sirvienta, se abrió tras de ella un enorme lago tan profundo como el lago Baikal. Baba Yagá no sabía nadar y es más, le tenía pánico al agua, por lo que no pudo continuar con la persecución a pie. Natasha sonrió, había conseguido ganar algo de tiempo hasta que la bruja se las ingeniara para seguir tras ella. Al cabo de un rato oyó un estruendo en el cielo, era Baba Yagá, había

vuelto sobre sus pasos para coger de nuevo el mortero volador y seguirla por el cielo. Natasha cogió el peine y lo tiró al suelo, acto seguido y tal y como le había dicho la sirvienta, a sus pies creció un espeso bosque, sus árboles eran tan altos que las ramas atraparon a Baba Yagá, que no pudo seguir volando tras ella, se quedó colgada de las ramas, pataleando y maldiciendo como sólo ella sabía.

Natasha respiró por fin tranquila, frente a ella se abría cual flor en primavera una esperanzadora visión, había logrado llegar a Kitai Gorod. No tardó en encontrar a su padre junto al resto de los aldeanos, le contó todo lo que la había pasado y juntos fueron a buscar al médico de la ciudad. Cogieron los caballos y se adelantaron al resto de los hombres, era vital llegar a la aldea antes de que Tatiana empeorara más. Vladimir comprendió que tenía una hija sabia, inteligente y sobre todo, muy valiente; una lágrima de emoción le rodó por la mejilla, por suerte, el viento se la llevó, los hombres no lloran y nadie debía verle emocionarse hasta el punto de ponerse a llorar.

Días después llegaron a la aldea Vladimir, Natasha y el médico. Tatiana estaba muy débil, pero con los cuidados correctos le ganaron la batalla a la enfermedad; la fiebre bajó, cesaron los vómitos y los mareos. Enseguida empezó a coger color, ganar peso y sentirse mejor. Natasha le había salvado la vida a su madre.

En la aldea celebraron este hecho y la victoria sobre la bruja durante largo tiempo. Y la historia de Natasha se convirtió en una leyenda, pasando de padres a hijos y de hijos a nietos.

—Pero mamá, —dice Carlitos —¿y qué pasó con la bruja?, ¿qué fue de ella?

—Baba Yagá, sintiéndose vencida por la astuta niña, ordenó a la casa con patas de pollo que anduviera hacia

otro bosque lejano, alguno donde no hubieran oído nunca hablar de la bruja Baba Yagá, donde poder empezar de nuevo.

—¿Y aún vive en los bosques?

—No se sabe Carlitos, cuentan los aldeanos rusos que por si acaso, nadie se atreve a adentrarse solo en el bosque, y menos en los bosques de los que sale humo de chimenea, porque todos saben que pueden encontrarse con Baba Yagá y su casa con patas de pollo.

—Qué miedo mamá.

—No temas mi vida, yo siempre estaré aquí para protegerte, acaba tu chocolate y vamos a encender las luces del árbol...